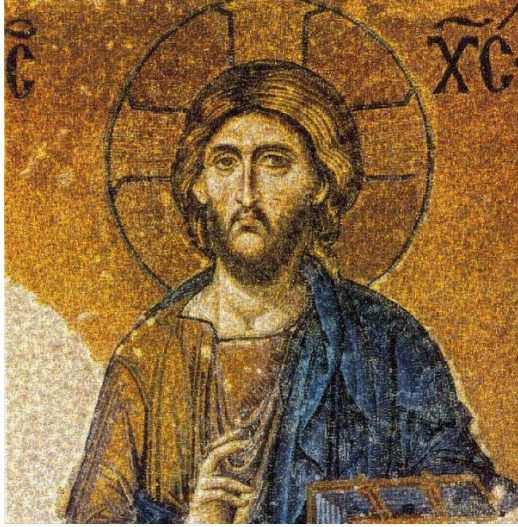


29º Domingo T.O. (A)

¡A ustedes la gracia y la paz!



Cristo Pantocrator de Deisis, Mosaico, iglesia Santa Sofía, Constantinopla, s. XIII

“Pablo, Silvano y Timoteo saludan a la Iglesia de Tesalónica, que está unida a Dios Padre y al Señor Jesucristo. Llegue a ustedes la gracia y la paz.

Siempre damos gracias a Dios por todos ustedes, cuando los recordamos en nuestras oraciones, y sin cesar tenemos presente delante de Dios, nuestro Padre, cómo ustedes han manifestado su fe con obras, su amor con fatigas y su esperanza en nuestro Señor Jesucristo con una firme constancia.

Sabemos, hermanos amados por Dios, que ustedes han sido elegidos.

Porque la Buena Noticia que les hemos anunciado llegó hasta ustedes, no solamente con palabras, sino acompañada de poder, de la acción del Espíritu Santo y de toda clase de dones”.

1º Carta del Apóstol Pablo a los Tesalonicenses, 1,1-5

La primera Carta de Pablo a los Tesalonicenses parece ser el texto más antiguo del Cuerpo Paulino, presentándose como el escrito más temprano del Nuevo Testamento.

La ciudad de Tesalónica -actual Salónica- fundada en el siglo IV a. C., se había convertido en capital política de la provincia romana de Macedonia y devenido un importante centro de comercio. Según la narración de los Hechos de los Apóstoles (Hech 16,6-12), alrededor del año 50, durante su segundo viaje misionero, Pablo llegó a Macedonia con sus compañeros Silas y Timoteo. Después de la fundación en Filipos, viajaron a Tesalónica, donde establecieron una comunidad cristiana que en su mayoría no eran de origen judío sino de los llamados “temerosos de Dios” y gentiles (1 Tes 1,9-10).

Como no pudo posteriormente cumplir el deseo de retornar, preocupado Pablo por lo que pudiera ocurrir con ellos (1 Tes 3,8), envió a Timoteo y a Silas a visitar a las comunidades recientemente fundadas en Macedonia (Hech 17,15; cf. 1 Tes 3,2-5).

Según leemos, allí había proclamado el evangelio "no sólo con Palabras" sino "con poder", "con el Espíritu Santo" y "con plena convicción" (1 Tes 1,5).

Pablo escribe a los Tesalonicenses para animarlos frente a las constantes dificultades y sufrimientos, provenientes tanto de fuera como del interior de la comunidad. Ni contexto ni situaciones fáciles...

Como en mucha de sus cartas, su saludo inicial está marcado por su gran deseo de bien para todos, su “Shalom!” para esa pequeña comunidad fundada hacia poco: “Llegue a ustedes la gracia y la paz”. Pablo sabe que su saludo va más allá que el “Shalom” que tantas veces dio, como fariseo lleno de celo por el Señor y que quería sólo hacer la voluntad de Dios. Su “gracia y paz” de ahora significa llevar el Nombre y la realidad de Jesucristo hacia sus hermanos, hacia todos los hombres que pueda encontrar, hacia los cercanos y los más alejados.

Y no les escribe recordando primero las dificultades o los “éxitos” pastorales o los consejos para el avenir de la comunidad, como lo más importante..., sino, sencillamente, dando gracias, haciendo memoria de su continua acción de gracias al Señor por ellos. Por su fe, amor y esperanza.

“Por como ustedes han manifestado su fe con obras, su amor con fatigas y su esperanza en nuestro Señor Jesucristo con una firme constancia”.

El Apóstol lo enseñará con su vida y en sus Cartas a otras comunidades.

“Ustedes han manifestado su fe con obras”, escribe a Tesalónica. “La fe que obra por el amor” (Gal 5,6), escribirá a los cristianos de Galacia.

Ustedes han manifestado “su amor con fatigas”, subraya Pablo ahora. Predicará con su ejemplo, confesando a los cristianos de Corinto: “Por eso, me complazco en mis debilidades, en los oprobios, en las privaciones, en las persecuciones y en las angustias soportadas por amor de Cristo; porque cuando soy débil, entonces soy fuerte” (2 Cor 12,10).

También los Tesalonicenses han manifestado “su esperanza en nuestro Señor Jesucristo con una firme constancia”. Más tarde, Pablo dirá a los cristianos de Roma: “Nos gloriamos hasta de las mismas tribulaciones, porque sabemos que la tribulación produce la constancia; la constancia, la virtud probada; la virtud probada, la esperanza. Y la esperanza no quedará defraudada, porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo, que nos ha sido dado” (Rom 5,3-5).

Fe con obras, amor con fatigas y constante esperanza. Pablo nos enseña también que todos somos “elegidos”. Elegidos por el Dios que nos ama. Y el Espíritu Santo nos concede la plenitud de sus dones. Para que vivamos y anunciemos a todos nuestros hermanos que nuestro Dios es un Dios de amor y esperanza. ¿Fatigas? Claro que las hay. Pero el Señor permanece con nosotros, en nosotros. En él, la fe se realiza en obras de amor, con una esperanza -inexplicable muchas veces- inquebrantable, hasta el gran Encuentro de felicidad eterna. Porque todo es posible en el amor.

“EL ALMA QUE ANDA EN AMOR, NO CANSA NI SE CANSA”

San Juan de la Cruz, Dichos de luz y de Amor, 96

Dra. Cristina Muñoz